San Ezequiel, fraile agustino recoleto

1. Dies natalis Ordinis

Estamos reunidos para celebrar el 417 aniversario de la fundación de la orden. Una celebración bastante reciente, con poco más de 40 años de vida. Durante siglos pasó casi desapercibida, en silencio. En parte, porque los aniversarios no estaban de moda; en parte, porque la orden, despojada del derecho de organizar su vida y obligada a caminar por senderos extraviados, pero a los que se acomodó sin demasiada resistencia, vivía casi de espaldas a sus orígenes. Se alimentaba más de la espiritualidad sacerdotal de la época y de las tradiciones comunes a la vida religiosa que de su propio patrimonio espiritual.

A los religiosos, dispersos y ocupados casi exclusivamente en el ministerio parroquial, no les era fácil acudir a los manantiales originarios, tan lejanos en el tiempo como ajenos a sus tareas ordinarias. Pero a medida que la orden, a principios del siglo XX, comenzó a recuperar la capacidad de acción y la posibilidad de organizar su vida según sus moldes constitucionales, sin injerencias del Estado, con la reanudación de los capítulos y la elección autónoma de sus superiores, afloró en los religiosos más atentos a la tradiciones propias la insatisfacción por el rumbo emprendido; y la voluntad de recuperar valores irrenunciables de su propia espiritualidad fue cobrando consistencia y ganando adeptos. Creció el interés por la historia de la orden, aparecieron biografías de algunos religiosos, manuales para aspirantes, novicios y religiosos jóvenes, devocionarios, historias de la orden y de algunas de sus provincias, poesías y sermones de *laudibus ordinis*, en los que se ensalzaban las glorias de la madre Recolección; se fundaron boletines y revistas que con sus informaciones sostenían la identidad corporativa de los numerosos frailes siempre

amenazada por el aislamiento y las tareas de cada día, contribuyendo a crear entre ellos campos de encuentro humano, ideológico y espiritual. No puedo recordar a todos estos beneméritos religiosos. Pero me es imposible pasar en silencio los nombres de Pedro Fabo, Pedro Corro, Eugenio Cantera y Fernando Mayandía. Entre todos recrearon una nueva conciencia de la identidad recoleta. Es cierto que en ella prevalecieron los valores sentimentales, que de por sí bien eran insuficientes para adoptar decisiones terminantes y sostenerlas en el momento de la crisis, pero era un primer paso que no es posible desestimar.

En la década de los años 30 la orden comenzó a prepararse para dar un salto de cualidad, adoptando providencias que la capacitaron para transformar esa identidad sentimental en otra más teórica que fuera capaz de superar obstáculos y afrontar los nuevos retos que la sociedad y misma Iglesia no tardarían en presentarle. Uno de esos pasos fue el traslado del generalato a Roma y el envío regular de estudiantes recoletos a las universidades de la Ciudad Eterna. Satisfizo ambas exigencias, ya sentidas en lustros anteriores, el padre Gerardo Larrondo, que sentía con particular agudeza la urgencia de romper el aislamiento de la orden y de mejorar la preparación intelectual de sus miembros. De Roma llegó a los claustros recoletos un grupo de lectores más conectados con las corrientes y métodos teológicos del momento y, al parecer, también con un bagaje cultural más amplio. Desgraciadamente la experiencia resultó insuficiente y no logró elevar significativamente el nivel de nuestros estudios, ya que la pobreza de la orden y la insuficiente sensibilidad académica de no pocos superiores impusieron un interpretación restrictiva de la voluntad del generalato, y luego la guerra española y mundial obligaron a interrumpirla durante casi dos lustros.

Uno de los estudiantes enviados Roma, el padre Jenaro Fernández, llevaría a buen puerto un deseo largamente acariciado en la orden, pero que nadie había tenido el tiempo, las posibilidades y quizá tampoco la capacidad para llevarlo a cabo, es decir, el estudio serio

del proyecto e ideales de los padres de la Recolección con una investigación sistemática de la documentación tanto pontificia como regia, dispersa por los archivos de Roma y España. Uno de los frutos de su investigación fue precisamente el descubrimiento de la importancia de la fecha que estamos celebrando. Fue él quien en el primer volumen del *Bullarium*, publicado en Roma el año 1955, señaló sin titubeos la fecha del acta 5 del capítulo de Toledo, nuestra acta de nacimiento, y acertó a justipreciarla: «dies 5 mensis decembris ut dies natalis Recollectionis S. Augustini habendus erit»[1].

Su hallazgo podría haber quedado sepultado en una de los centenares de notas a pie de página que ilustran su libro. Afortunadamente, su sintonía espiritual con el general que entonces gobernaba la orden –padre Eugenio Ayape– facilitó su conocimiento y posterior difusión. Cuatro años más tarde la *Ratio Institutionis* mandaba celebrarla todos los años como el «dies natalis ordinis […] en recuerdo del día en que fue promulgada el acta quinta de Toledo».

La legislación postconciliar acogió esa norma y le dio categoría constitucional. Las Constituciones prescribieron que en ese día se ofrecieran al Señor «especiales súplicas por la santificación de sus miembros» y se renovaran los votos en común[2]. El Ritual propuso esquemas para la celebración eucarística y liturgia de las horas así como fórmulas para la renovación de los votos[3]. Y, por último, con ocasión del IV centenario del nacimiento de la orden el generalato ordenó que la fecha se conmemorase todos años con un triduo de preparación y propuso nuevos textos tanto para ese triduo como para el día de la fiesta[4].

---

[1] *Bullarium Oar* 1, Roma 1955,, 57.

[2] *Constituciones de la orden de agustinos recoletos,* Roma 1975, n. 335; Constituciones, Madrid 1983, n. 97.

[3] *Ritual de la orden de agustinos recoletos*, Madrid 1985, 103-107.

[4] *Aniversario de la Recolección agustiniana. Celebración litúrgica*, Madrid 1988.

Los promotores de esta celebración intentaban reavivar los ideales de aquellos momentos. Creían que el recuerdo de los fundadores, el conocimiento más exacto de sus aspiraciones, ideales y proyectos, así como la conmemoración de los frailes que a través de los siglos mejor los han encarnado en sus vidas, enriqueciéndolos con sus ejemplos y transmitiéndolos a la posteridad, no podría menos de reflejarse positivamente en las comunidades y facilitaría la recuperación de los valores perennes de la espiritualidad recoleta. Por eso, no parece que se responda a la finalidad de la fiesta cuando se la dedica a recordar la raíz agustiniana de la orden. Tanto el año litúrgico como el académico ofrecen abundantes ocasiones para rememorarla.

2. San Ezequiel, modelo de la espiritualidad recoleta

a. La percepción de la orden

Este año, al dedicarla a san Ezequiel, respondemos a la mente de los promotores de la fiesta, porque en él veneramos a uno los frailes que mejor han sabido encarnar la espiritualidad recoleta, el único fraile canonizado y al que la orden entera, con absoluta unanimidad, ha aclamado como santo desde el mismo día de su muerte. En la historia de la recolección no hay caso igual, y quizá ni siquiera parecido. La fama de santidad que ya le acompañaba de vivo, aumentó con su muerte tanto dentro como fuera de la orden. Inmediatamente se pensó en la redacción de su biografía, en la recogida de sus escritos y en su posible beatificación y se pusieron los medios necesarios para convertir en realidad esos deseos. El 7 de octubre el comisario general de la orden, padre Mariano Bernad, mandaba a Colombia al padre Alberto Fernández para que recogiera sus papeles y pertenencias personales y recabara informaciones y testimonios de las personas que más le habían tratado. Alberto cumplió su misión con diligencia y destreza. Al salir de Colombia, a finales de junio del año siguiente, traía consigo «centenares de cartas autógrafas, docenas de

pastorales y circulares impresas, autógrafos de sermones y otros escritos espirituales, folletos, necrologías, colecciones y recortes de periódicos, relatos de hombres públicos y de varias almas dirigidas por el santo»[5]. Todo lo depositó en Sigüenza en manos del padre Minguella, otro de los grandes hombres de la recolección, que desde el primer momento comprendió la grandeza de alma del santo y empeñó su prestigio y su preparación académica en la promoción de su causa. Nadie ha hecho tanto como él para preservar la memoria del santo y difundir su conocimiento. En 1908 publicaba sus principales escritos, y al año siguiente su biografía, una biografía ejemplar, que combina de modo egregio la objetividad con el afecto a su héroe. Poco después ponía en manos de los lectores una selección de 369 cartas espirituales. Estas obras de Minguella fueron muy leídas en la orden y también fuera de ella, donde hoy son todavía las fuentes más frecuentadas. Paralelamente se echó a andar el proceso de beatificación, con una prontitud sin par en los anales de nuestra historia. También ello se debe, al menos en parte, al padre Minguella.

El proceso fue largo y laborioso. En ningún momento se dudó de la heroicidad de las virtudes del santo ni de su sublime rectitud de intenciones. Pero sus relaciones con el poder político, sus actitudes pastorales ante cuestiones fuertemente debatidas en la Iglesia de su tiempo y con fuertes repercusiones en la vida diaria de sacerdotes y fieles, e incluso su devoción al Corazón de Jesús y su correspondencia con los miembros de la Liga de víctimas suscitaron serias reservas en las congregaciones romanas. Su vida pública fue examinada con lupa, porque se quiso llegar a la raíz de sus debates doctrinales con otros obispos, de sus incomprensiones con los delegados apostólicos y de sus dificultades con el gobierno colombiano. La causa fue deferida a la comisión histórica y se encargó su análisis a un estudioso. Todo ello retrasó el proceso, pero contribuyó a poner mejor de

---

[5] Ángel MARTÍNEZ CUESTA, "Cinco años al servicio del beato Ezequiel Moreno. Recuerdos del padre Alberto Fernández", en *Recollectio* 3 (1980) 291-380.

manifiesto la altura de miras del santo, su absoluta pureza de miras y la prudencia sobrenatural que guió todas sus obras, así como la reciedumbre de su vida espiritual, que brilló con singular resplandor en la entereza y serenidad con que soportó tanto los dolores de la enfermedad como las torturas de una operación «cruentísima y horriblemente mutiladora», en palabras del médico asistente.

Estos problemas explican la duración del proceso, que a pesar de los esfuerzos de la orden, se prolongó durante 65 años, desde 1910, en que se abrió el proceso ordinario de Pasto, hasta 1975, en que Pablo VI, un papa al que cabría suponer poco sensible a su visión sociopolítica de la realidad, quiso elevarle personalmente a la gloria de los altares[6].

La atención, ilusión y trepidación, con que la orden siguió el largo proceso son un buen reflejo del afecto con que le miraba y del valor ejemplar que daba a su vida, muy superior al de cualquier beato anterior o posterior. Por vez primera, al menos en la época moderna, la orden encargó a un postulador propio la promoción de una causa, y luego la acompañó en las etapas más complicadas con oraciones especiales y mantuvo el fervor de sus miembros con la publicación ininterrumpida de novenas, estampas, episodios de su vida, artículos, ensayos, poesías. En esa labor participaron las plumas más conocidas de la orden: Eugenio Cantera, Pedro Fabo, Teófilo Garnica, Victorino Capánaga, Eugenio Ayape…

Religioso ante todo

Todo esto ya manifiesta el relieve que se le dado en la orden y hace sospechar el que pudo tener en la Iglesia y en la sociedad de su tiempo. Este último aspecto merecería un trato especial. Pero la tiranía del tiempo me obliga a dejarlo de lado para concentrarme en su vida religiosa, que, por otra parte, constituye el núcleo de su personalidad. San Ezequiel, al igual que su padre san Agustín, san Fulgencio,

---

[6] Romualdo RODRIGO, "Aspectos jurídicos de la causa de canonización de san Ezequiel", en *El Santo de Alfaro*, 141-59.

santo Tomás de Villanueva y tantos de sus mejores discípulos, no quiso ser otra cosa que religioso. De niño soñó con ser agustino recoleto como tantos de sus paisanos, que desde 1855 llamaban cada año a las puertas del noviciado de Monteagudo. También él quería ir a Filipinas y no para ayudar a su familia, cosa frecuente entonces, sino porque quería ser misionero y llevar muchas almas a Cristo.

A los 17 años su sueño se convierte en realidad con la profesión de los tres votos y su incorporación canónica a la provincia de San Nicolás de Tolentino. Desde ese momento la comunidad agustino-recoleta será el horizonte fundamental de su vida, que, provindencialmente, se cerrará 43 años más tarde, en agosto de 1906, en el mismo convento de Monteagudo.

En esos 43 años viajará de continente a continente y variarán continuamente sus ocupaciones. Será misionero, párroco, administrador de una finca, prior local, provincial y finalmente obispo, pero aun de obispo seguirá comportándose como fraile. Se sentirá siempre vinculado a una comunidad de hermanos, de los que no acertará a separarse; miembro de una familia, cuya historia, ilusiones y proyectos sigue con pasión, en continua comunicación con sus superiores, orgulloso de sus triunfos, preocupado por sus dificultades, apenado por no poder gozar siempre de su presencia y deseoso de refugiarse en uno de sus conventos para rendir en él su espíritu al Creador.

Las despedidas desvelan con suma claridad la ternura que envolvía las fibras de su corazón.

En 1891, al llegar el momento de decir adiós a los religiosos que le habían acompañado en la primera excursión a Los Llanos de Casanare, no puede contener las lágrimas.

> «Me despedí llorando de mis buenos compañeros y ellos lloraban también. ¡Con qué gusto me hubiera quedado con ellos, si Dios nuestro Señor no me quisiera tener ahora en otra parte! Me aparté de ellos, ocultando en lo posible lo conmovido que estaba y por el camino me acordaba de ellos y seguía llorando,

no por ir solo, sino porque los dejaba solos y deseaba en gran manera haber seguido trabajando en su compañía y servirles de algo»[7].

Los mismos sentimientos embargan su alma cuando, ya obispo, abandona Bogotá con rumbo a Los Llanos. La separación de sus hermanos le lacera el corazón y sólo encuentra consuelo en la esperanza de volver a encontrarles en el cielo. Aprovecha el primer alto en el camino para dirigir a la comunidad una carta transida de afecto fraterno y de espíritu sobrenatural:

«Escribo a nuestro padre Nicolás, pero no quedaba contento con poner sólo saludes en esa carta para todos. Necesito decirles algo más para desahogar algo mi corazón, ya que ahí lo comprimí cuanto pude, porque no tenía valor para decirles adiós. Por más que trataba de reponerme y hacer un esfuerzo, sentía que iban a salir las lágrimas antes que el adiós, y que éste por último no saldría, ni saldría tampoco otra palabra alguna de mi boca.

Sentía dentro de mí mismo que los quería, pero no me figuraba que los quería tanto. ¡Qué esfuerzos me hice para decirles algo! No pude, y creo que así lo comprenderían todos y que no achacarían o atribuirían a otra cosa mi silencio y modo de marcharme.

Ahora aquí, solo en una habitación, donde nadie me ve, sí puedo escribirles el adiós que les debía haber dicho ahí, y, sin embargo, no puedo escribirlo sin llorar. Lo estoy haciendo en estos momentos como un niño, y busco la causa, me pregunto a mí mismo: ¿por qué lloro?, y, viendo claramente que no es porque haya dejado comodidades ni porque vaya a sufrir, porque todo lo abrazo con gusto por Dios y buen nombre de nuestro santo hábito, deduzco que es por el afecto que les tengo, aunque tengo que confesar que ese afecto tampoco es obstáculo alguno que me

[7] *Carta 92.*

impida el emprender con alegría la obra de Dios. Y, sin embargo, es lo cierto que lloro al decirles adiós. ¿Qué es esto, pues? Creo que no es más que un desahogo del corazón, que, sin embargo, como he dicho, lo deja todo gustoso por Dios. En una palabra, es que mi corazón, por la gracia de Dios, no es de mármol. Siente y quiere, aunque siempre en Dios y por Dios. […]

Sólo resta una cosa en estas separaciones, y es el único y gran consuelo. Lo que resta es que vivamos como buenos religiosos para vernos en el cielo formando coro con los santos de nuestra amada orden. Acaso, o sin acaso, he faltado en mi tiempo de superior al deber de animarlos a caminar por las sendas de la perfección y facilitarles de este modo la consecución de la gloria. Yo les pido que me perdonen, y, al pedirles perdón, les suplico que faciliten al nuevo superior, con su buen comportamiento, con su humildad y obediencia, el cumplimiento de sus deberes respecto de sus almas, que son las primeras a que tiene que atender. Acudan gustosos y puntuales a la oración y ¡ojalá se diera más tiempo a ella! Convencidos estamos todos de que en ella se reciben luces para entender las cosas como deben entenderse y fuerzas para llevar a la práctica lo que Dios nos da a conocer que debemos hacer».

Dos años después, al salir de Casanare para su nuevo destino en Pasto, tampoco logró ocultar su pena al despedirse del padre Manuel Fernández, el discípulo fiel, el compañero de tantas fatigas misioneras y uno de los recoletos que más intimaron con el santo:

«Me retiran de Casanare, padre Manuel, donde tantos méritos para el cielo se pueden adquirir […] y me trasladan a Pasto. ¡Hágase la voluntad de Dios! Aquí, en Casanare estaba con vosotros y vivíamos como en comunidad, por lo que todo se me hacía como fácil y llevadero. ¡Pero allá, en Pasto, qué vida tan distinta se me presenta! Voy solito, y sin ninguno

de mis hermanos tendré que vivir allí. Me echo en brazos de Nuestro Señor.

Pero, padre, le dije yo, ¿no le darán por compañero alguno de nuestros padres de Bogotá? Eso quisiera yo, me contestó, aunque no fuera sino por conservar en lo que se pueda la vida de comunidad; pero, ¡ay, sois vosotros tan poquitos!»[8].

En efecto, apenas el hermano Luis Sáenz salió de Pasto camino de Bogotá, el palacio episcopal se le antojó un témpano de hielo. El 15 de junio, a los cinco días de su entrada en Pasto, transmitía su desolación al provincial de La Candelaria:

«Tengo muchísimo trabajo y no me extiendo más en decirle lo que es esto. El hermano Luis les dirá, cuando vaya, que será pronto, porque está aburrido por no tener quehacer. Él, aburrido; y yo, deseando que no se marche, porque el único rato de consuelo es cuando veo uno de mi hábito, siquiera el rato de la comida. Se marchará y me veré solo»[9].

«Es vigilia de Navidad», escribirá seis meses después al mismo corresponsal, «y nada veo en mi derredor que me lo haga conocer. Sólo el rezo me lo recuerda, pero nada de gente íntima que me dé un rato de conversación»[10].

Otras muchas otras citas cabría amontonar para mostrar su amor al hábito, que nunca dejó de vestir, y su profunda identificación con la comunidad recoleta. Pero las aducidas son suficientes.

Estas anécdotas me conducen a tocar un punto que no siempre aparece tratado con la suficiente objetividad.

---

[8] cf. E. AYAPE, *Intimidades*, 55-56.

[9] Carta a Matute, 16 junio 1896:.

[10] A Matute, 23 diciembre 1896.

Divagación sobre su carácter

Circunda a san Ezequiel cierta fama de hombre adusto e intransigente. Se tiende a representarle con ceño severo y empuñando las disciplinas monásticas o el látigo antiliberal. Pero semejante imagen no es más que una caricatura y, como tal, deforma la realidad al realzar exageradamente alguna de sus facetas. El padre Ezequiel no era un hombre impasible, sin afectos. Ni siquiera era duro o seco de carácter. Poseía, más bien un alma delicada y sensible, que reaccionaba con emoción ante cualquier cosa bella o ante cualquier gesto de generosidad, de gratitud o de abnegación. Bastábale un pieza musical bien ejecutada o un elogio a uno de sus religiosos para conmoverle y arrancarle lágrimas de consuelo. En el confesonario tendía a la indulgencia y a la benignidad. Estaba persuadido de que «la bondad era camino más apto que el rigor para conducir las almas a Dios». Y hasta con los liberales actuaba con comprensión y generosidad, al menos hasta diciembre de 1896. En esa fecha animaba a uno de sus sacerdotes a tratarles con bondad. Él así lo hacía y hasta la fecha «sólo una persona se me ha resistido»[11]. Le gustaba el trato social, gozaba de las delicias de la amistad, distraía las largas horas del camino en mula contando con gracia chistes y anécdotas de su vida misionera. Pero esos gustos supo postergarlos e incluso sacrificarlos a ideales más altos, y por eso no temía afrontar dificultades e aceptaba feliz destinos trabajosos, ya fuera en Palawan, en Casanare o en Pasto, donde desde el principio se percató de que habría de afrontar situaciones complicadas.

En la primera pastoral que dirige a los fieles de Casanare encontramos una elocuente expresión de esto. Es muy consciente que desde un punto de vista humano, su porvenir no es nada halagüeño. No le esperan ni riquezas, ni honores, ni comodidades. Pero, lejos de espantarle, esa perspectiva le regocija y colma de dicha y satisfacción, porque nadie podrá sospechar que va a Casanare por ambición, avaricia o cualquier otra mira terrena. Todas esas cosas las deja en

[11] Carta 440 a Rosero dic. 1896.

Bogotá. En Casanare tendrá que dormir a la intemperie, sobre la arena de los ríos o al amparo de los bosques; tendrá que recorrer llanuras interminables a lomo de caballo bajo un sol abrasador o poderosos aguaceros; tendrá que sufrir hambre, sed, fiebres y enfermedades. Nada de eso lo amedrenta. La salvación de un alma vale eso y mucho más:

> «¡La salvación de vuestras almas! Tal es, hijos míos, el fin que ahí nos lleva, el móvil que nos impulsa a la ardua empresa que sobre nosotros tomamos. Si eso no fuere, si no mediara la gloria de Dios y vuestra salvación eterna…, ¡ah!, con toda la sinceridad de nuestro corazón os lo confesamos, nuestro propio interés personal, la propia salud, lo culto de la sociedad que nos rodea, lo fino y delicado de la amistad que nos honra y distingue…, todo, todo, en una palabra, nos diría que os dejáramos como estáis […], porque aquí, o en otra parte, estaríamos con más comodidades, con más recursos, con más trato social, con más medios, por decirlo de una vez, para llevar una vida más cómoda y agradable»[12].

Algo de ello aparece también en su copiosa correspondencia espiritual A cada página nos topamos con la delicadeza de su alma, su exquisita cortesía, su facilidad expresiva, su capacidad de ganarse la confianza de la gente, de comprender los entresijos del corazón humano y expresar sus sentimientos con palabra abundante y precisa. Jamás amenaza o reprende con aspereza, jamás humilla o da desaires, jamás sumerge a las almas en las tinieblas de la duda o de la desesperación. Cuando reprende, lo hace con dulzura y suavidad, siempre atento a no postrar ni acobardar. Todo su afán radica en con-

---

12 "Primera carta pastoral que el Ilmo. señor D. Fr. Ezequiel Moreno), obispo de Pinara y vicario apostólico de Casanare, dirige a los fieles de su vicariato, Bogotá", 1 de mayo de 1894, en *Cartas Pastorales, circulares y otros escritos del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia).* Edición del p. Toribio Minguella, Madrid 1908, 9-10.

ducir las almas a Jesús, en avivar su esperanza y espolear su generosidad, poniéndoles delante el amor infinito del Sagrado Corazón de Jesús[13].

Con los religiosos era atento y delicado. Seguía con interés sus actividades, comprendía sus límites y gozaba con sus triunfos. Un día se apiadará de un súbdito que duerme despreocupado y continuará privándose él del sueño necesario, levantándose hasta tres veces en una sola noche para atender a diversos enfermos. Otro día comprenderá la turbación de un predicador novel y se ofrece a sustituirle en el púlpito. Con los misioneros fue un auténtico padre. Se interesa por su salud, busca ropas, libros, sal, harina, vino de misa y otras mil cosas útiles entre sus amigos y se las remite sin tardanza. Y no se contenta con proveerlos de bienes materiales. Se preocupa también de su soledad, de sus fatigas, de los peligros del desaliento, y procura acompañarles con cartas frecuentes, llenas de solicitud paternal y de ardor misionero. Alaba sus trabajos y quiere que todos los reconozcan y aplaudan. Incluso llega a sugerir al superior general que les escriba y se congratule con ellos[14].

Su modo de mandar y corregir era admirable. De ordinario se limitaba a manifestar las necesidades y señalar los defectos. De Santiago Matute, su compañero y colaborador incansable durante todos estos años, es el siguiente testimonio: «Nunca reprendía; sólo avisaba con ternura de padre. A veces con una sola mirada, siempre dulce, era bastante. Al encargarme algún trabajo de sermones, ejercicios, conferencias, etc., no me lo mandaba en forma imperativa, sino que empleaba cierta fórmula de súplica y favor, diciéndome: podía, si le parece, encargarse de esto; si quisiera predicar de tal».

---

[13] Ángel MARTÍNEZ CUESTA: *Beato Ezequiel Moreno.* El *Camino del deber*, Roma 1975, 98-99.

[14] *Carta 164*: «Los padres Manuel y Marcos han merecido mucho y se han hecho acreedores del mayor aprecio. Escríbales V.R. alguna que otra cartita como la que les mandó antes, porque eso anima mucho. Puede ser la carta para todos los de allá, pero ellos merecen algo aparte y especial».

Ejemplo de vida recoleta

La providencia le colocó en todos los países en que la orden estaba presente en su tiempo –España, Filipinas y Colombia–, y en toda clase de ministerios, sin duda para que todos sus religiosos pudiesen mirarse en él como en un espejo y a todos sirviera de ejemplo y paradigma, para que, como él, todos acertaran a integrar sus ocupaciones externas con su vocación religiosa y no olvidaran que ésta es siempre la trama que debe sostener y dar sentido a su vida.

En los años de formación Ezequiel asimiló los principios, criterios y actitudes que constituían la espiritualidad agustino-recoleta de su tiempo, se encariñó e identificó con sus valores y en ella buscó siempre sustento y alimento. Es cierto que esa concepción no estaba vaciada en troqueles genuinamente agustinianos, y tampoco los valores recoletos brillaban en ella con suficiente claridad. Recordemos que vivió en momentos de desorden administrativo, de pobreza teológica y de confusión carismática. Eran tiempos de injerencia opresiva del Estado en la vida de la orden, tiempos en que ésta carecía de libertad para organizar su vida de acuerdo con sus tradiciones y constituciones, en que caminaba despojada de las bases de su vida común, sin capítulos ni superiores generales regularmente elegidos, sin guías ni mentores que reformularan y acomodaran sus leyes y tradiciones a los cambios que al unísono reclamaban la sociedad y la Iglesia. Incluso su vinculación con Roma dejaba bastante que desear.

Era una espiritualidad de tinte individualista y sacerdotal, deudora en su máxima parte de las ideas religiosas del momento y de la situación anómala en que se encontraba la orden, toda ella volcada sobre el ministerio en Filipinas, excesivamente ligada al Estado y con unos vínculos con Roma demasiado precarios. Sólo el influjo de las constituciones vigentes, las mismas de los siglos anteriores, las tradiciones ascéticas del noviciado, el valor educativo de los muros conventuales y la acción de algunos religiosos, como Juan Gascón, aseguraban la presencia en ella de elementos agustinianos y recoletos.

Era, por otra parte, una espiritualidad sencilla, menos problematizada que la nuestra, más atenta a la realidad concreta que a la teoría, a los hechos que a las ideas y a las palabras. Los mejores religiosos de la época, como los de la nuestra o los de otra cualquiera, buscaban la voluntad de Dios. Pero en esa búsqueda recurrían a medios que no siempre coinciden con los nuestros. Para ellos era sagrada la voz de la ley y de los superiores; y resultaban imprescindibles la oración prolongada, el recogimiento, la disciplina de los sentidos, cierta separación del mundo, el control de las pasiones, la humildad, la sobriedad de vida, la penitencia corporal. Y siempre había tiempo para la adoración eucarística y las devociones al Sagrado Corazón y a la Virgen María. Ninguno que aspirara seriamente a la perfección prescindía de ellos. El padre Ezequiel compartía esa espiritualidad y a ella ajustó su vida.

Pero Ezequiel acertó a insertar esta espiritualidad en un esquema cercano a la espiritualidad agustiniana tal como hoy la entendemos. Resulta sorprendente que, a pesar de la debilidad de las bases teóricas, su vida real refleje con profunda fidelidad el ideal agustiniano y responda a las exigencias más genuinas de la espiritualidad recoleta, logrando una síntesis de todos ellas como quizá nunca se ha vuelto a repetir entre nosotros. Un simple repaso de su vida nos descubre la presencia operativa de los rasgos más característicos de ambos ideales a lo largo de su vida, desde sus primeros pasos como misionero en Palawan y Mindoro hasta los años de su ministerio episcopal en Pasto. Encontramos en ella de modo más o menos explícito la primacía de la caridad, la referencia continua a Dios, el cultivo de la interioridad, la preferencia por la oración afectiva, la referencia continua a la madre Iglesia, en la que se siente plenamente inmerso, el amor ardiente a las almas, la denuncia del egoísmo como fuente de todo pecado, el amor a las cosas comunes, el aire de familia, la función pedagógica de la ley y otros elementos constitutivos de la espiritualidad agustino-recoleta. Todo ello era fruto de la lectura atenta de la regla de san Agustín y de las constituciones de la época, en las que, si bien las reminiscencias agustinianas eran escasas, abundaban las

recoletas; y de una apertura a la espiritualidad general de la Iglesia, que supo asimilar a pesar de un ambiente interno poco favorable.

El santo habría querido vaciar la vida de los conventos colombianos en el troquel constitucional de la época, urgiendo incluso normas en desuso desde hacía varios decenios: el recogimiento, hora y media de oración mental al día, disciplina tres veces por semana, uso de alpargatas, etc. A ello le impulsaba su respeto a la ley, que todavía imponía esas prácticas, porque para él la ley nunca fue una imposición arbitraria que coartara la libertad y comprometiera la maduración de la persona. Jamás nutrió hace ella el más mínimo recelo o desconfianza, sino que la miró como a un sabio pedagogo, que señala el camino y evita desvíos, rodeos y trabajos innecesarios. De ahí que aprecie las Constituciones, a pesar del descrédito en que las habían sumido su vetustez y la presunta incompatibilidad de su modelo espiritual con la vida real de los frailes. Él las respeta, abraza sus ideales con plena sinceridad y procura adecuar a ellas la vida diaria de las comunidades. Ésa fue una de las aspiraciones más hondamente acariciadas en los primeros años de su vida colombiana y también una de sus penas al constatar la imposibilidad de realizarlas. Al no encontrar el eco esperado en los religiosos, renunció a ella y se contentó con la observancia vigente a la sazón en los conventos españoles.

Hombre de oración

En su vida brillan con claridad meridiana los tres elementos más característicos de la espiritualidad agustiniana, tal como están formulados en nuestras constituciones actuales, es decir, la interioridad, la comunidad y el espíritu apostólico. De la comunidad ya he hablado un poco. Podría recordar también su interés por introducir la vida común en Mindoro, cuando era apenas un joven religioso sin influjo en la vida de la provincia, o la instauración de la vida común en El Desierto de La Candelaria e incluso en las misiones de Casanare, y su recelo ante las parroquias, que creía poco propicias para la vida co-

mún. Renuncio a ello para dedicar los pocos minutos que restan a los otros dos elementos.

Que san Ezequiel fue alma de oración lo sabemos todos. Es ya un lugar común. Sus compañeros de colegio y los feligreses de Las Piñas ya admiraban su piedad, la unción con que celebraba la Eucaristía y las largas horas que pasaba al pie del Santísimo. En Las Piñas se le conocía con el de apodo de *santulón*. El paso de los años no hizo más aumentar el tiempo dedicado a la oración y acrecer su intensidad. En Pasto le reservaba no menos de seis horas diarias. Abría la mañana con una hora de oración mental, a la que seguía otra dedicada a la celebración de la Eucaristía y a la participación en la de su ayudante, y la cerraba con una visita al Santísimo de tres cuartos de hora de duración. Por la tarde la ración era todavía más abundante. La iniciaba con una breve visita tras la comida; tras el descanso postmeridiano rezaba vísperas y maitines y se entretenía un rato con el Santísimo hasta completar la hora; al caer de la tarde, de 17.30 a las 18.30, tenía la segunda hora de oración mental; a las 20 se reunía con sus colaboradores para el rezo del rosario; y por último, al retirarse a sus habitaciones, visitaba de nuevo al Santísimo, entreteniéndose con él nunca menos de una hora.

Este programa, del que difícilmente se dispensaba, reservaba a la oración unas seis horas diarias. Y todavía habría que sumar alguna otra más. Sus familiares y colaboradores le sorprendían en el oratorio a las horas más impensadas del día y de la noche. Algunas veces él no se percataba de su presencia. Otras les invitaba dulcemente a tornar a sus obligaciones.

Sus devociones preferidas fueron siempre las del Sagrado Corazón, Eucaristía y María Santísima. La primera alcanzó significación especial en su vida, sobre todo a partir del año

1899, en que la devoción a los dolores internos del Sagrado Corazón le confirió un tinte cada día más penitente y abnegado. Desde esa fecha ya no se contentó con la simple aceptación del dolor, sino que lo deseó y lo buscó, llegando a considerarlo como «una caricia que nos hace nuestro buen Dios». Durante la guerra civil que ensangrentó a Colombia desde 1899 hasta 1902 se ofreció al Señor como víctima expiatoria. Al parecer, Dios aceptó esta generosa inmolación de su ser y lo probó y purificó con dolores de cabeza, fiebres y enfermedades corporales; y con amarguras y contrariedades de orden moral, concretadas en los combates que tuvo que sostener, no obstante su natural pacífico; en los ultrajes, insultos y calumnias de sus adversarios políticos y, sobre todo, en la incomprensión y en los recelos de algunos de sus superiores eclesiásticos.

Todo eso le procuró dolores y sufrimientos sin cuento, pero ni el dolor físico, ni el insulto más cruel, como tampoco el aplauso más entusiasta, descomponían la admirable serenidad de su rostro. Al contrario, entre los rasgos más visibles de su fisonomía humana y espiritual descuellan la serenidad, el sosiego, la quietud y la entereza de ánimo. Este señorío espiritual sobre los instintos brilló con luz especialísima durante su última enfermedad y las dolorosísimas intervenciones a que fue sometido.

Su oración era de tipo afectivo, de la que encontramos muchos ejemplos en sus cartas e incluso en algunos escritos públicos, como la pastoral que dedicó a los sacrilegios perpetrados en Riobamba (1897) y Tumaco (1903) y, sobre todo, en el libro sobre los Dolores internos del Sagrado Corazón de Jesús.

Apostolado y vida religiosa

Apostolado y vida religiosa eran para él inseparables. Miembro durante más de 20 años de una provincia exclusivamente apostólica, educado en un noviciado misionero y dedicado a la cura de almas durante los años de su juventud, el amor a las almas penetró en los pliegues más profundos de su corazón y envolvió totalmente su concepción de la vida religiosa. No encontrará nunca dificultad alguna en conjugar apostolado y vida común, ascesis y amor a las almas, retiro del mundo y presencia salvadora en él. Lejos de ser polos antitéticos, el apostolado y la vida común son dos realidades interdependientes, que reciben aliento y calor de un mismo núcleo o ecuador, que es el amor de Dios. Sin éste no hay ni apostolado ni vida común, ni retiro del mundo ni presencia eficaz en él, ni amor a las almas ni ascesis auténtica. El amor a Dios, nutrido en la oración y la penitencia, es el horno del que proceden esas otras llamas, que luego caminan entrelazadas y se alimentan mutuamente.

Ni sus largas horas de oración ni la agradable convivencia con los hermanos le impidieron jamás dedicar horas enteras al confesonario y al púlpito, atender a los enfermos de día y de noche, preocuparse de la catequesis, dar vida a asociaciones religiosas o dedicar largos ratos al estudio de la teología y al análisis de las necesidades religiosas de sus fieles. Donde no podía hacerse presente personalmente procuraba llegar con la carta particular, el folleto, la hoja volante o el periódico católico, cuya utilidad acertó a valorar debidamente.

Durante muchos años, especialmente en los cinco años que pasó en Bogotá el confesonario, el púlpito y los enfermos fueron el centro de su vida. Su palabra, requerida en los púlpitos más prestigiosos de la ciudad, resonó también con frecuencia en humildes capillas de pueblos, monasterios de clausura, hospitales y cárceles. Dedicaba todos los días horas enteras a atender a los fieles que se agolpaban alrededor de su confesonario y todavía sacaba tiempo para confesar todas las semanas a tres o cuatro comunidades de monjas.

En Casanare y Pasto estas actividades disminuyeron, como más de una vez anota él mismo en su correspondencia

con sus dirigidas santafereñas. El 25 de julio de 1894, a los dos meses de su llegada a Támara, expresaba su a Carmelita Briceño, porque "Desde que salí de ahí ya no he tenido el gusto de pasar una mañana entera en el confesonario. No hay quien quiera ocuparme, y sólo algún día que otro confieso algo»[15]. Pero con todo esta ocupación nunca desaparecería del todo y en algunas ocasiones, como durante las visitas pastorales, volvían a ocupar un puesto importante en su agenda diaria.

La solicitud con los enfermos es otra constante de su vida. Aparece ya en su juventud, tanto cuando era misionero en Palawan como años después en la parroquia de Las Piñas o en la hacienda de Imus. En Las Piñas repartió a manos llenas arroz, ropa y cuanto podía contribuir a mitigar las penalidades de sus feligreses durante el hambre que se batió sobre ellos en 1878 y 1879. Tres años más tarde se desvivió por que a ninguno de los centenares de enfermos de cólera de los barrios de Salinas y Mambog no les faltara el consuelo de la religión en los últimos momentos de su vida.

En Monteagudo y, sobre todo, en Colombia siguió interesándose vivamente por ellos, acudiendo a su cabecera y llevándoles, a veces, algún socorro material, y, siempre, calor humano y auxilio espiritual. Jamás desoía la llamada de un enfermo. Jamás se negaba, ni oponía reparos ni soltaba la carga sobre los hombros de otros. En Bogotá hubo noches en que levantó tres veces para acudir a la cabecera de enfermos que reclamaban sus servicios y en Casanare varias veces emprendió caminatas de 16 y más horas para atender a algún moribundo.

> «¡Puerta de La Candelaria!, ¿qué noche no has sido golpeada, y bien a deshora, por quien venía en busca del padre Moreno para asistir a un moribundo? ¿Cuántas noches habrá pasado tranquilo en su pobre lecho sin ser despertado, una o más veces, a las do-

[15] *Carta 200.*

ce, a las dos de la mañana, para ir a esos barrios del Derrumbe, de Belén y de Egipto, ordinariamente llenos de lodo y de charcos para asistir a un enfermo?»

En estas palabras condensa el padre Casas el servicio del padre Ezequiel a los enfermos. Trepidan en ellas la admiración y la circunspección y reserva. Como si Casas hubiera querido subrayar este aspecto de su fisonomía espiritual y, por miedo a traspasar el umbral o a desvelar secretos e intimidades, se hubiera contentado con guiar hasta él al lector y excitar allí su imaginación.

Los testimonios son abundantes y concordes. El notario Augusto García, que lo trató con cierta familiaridad desde el año 1890, declaró que «era muy solícito en ir a confesar a los enfermos, a cualquier hora del día o de la noche». Sor Susana González afirma que «estaba siempre tan dispuesto a ir a confesarlos que, a pesar de sus múltiples ocupaciones, parecía que no tenía otra cosa que hacer». El senador Enrique de Narváez añade que se sentía feliz cuando le llamaban a la cabecera de un enfermo y que acudía con toda diligencia. En términos muy semejantes se expresan el cirujano Aurelio Sicard, que convivió con él varios años en Bogotá, Támara y Pasto, monseñor Santos Ballesteros, sor María Luisa Ferreira, su sobrino padre Julián Moreno y otros. Durante su última enfermedad, cuando las fuerzas apenas le sostenían en pie, todavía encontraba ánimos para visitar y confortar a los enfermos hospitalizados en la sala de los pobres de la clínica.

El padre Ezequiel se preocupaba, ante todo, de las almas de los enfermos. Si logra purificarlas con el sacramento de la penitencia, exulta de gozo y glorifica al Señor. Si tropieza con alguna resistencia, sufre, se disciplina, alarga la oración y torna a insistir. Pero sabe también percibir otras necesidades de los enfermos: la compañía, la comprensión, el calor humano, el aliento, etc., y se esfuerza por satisfacerlas. Participaba cordialmente en su dolor y a menudo acertaba a amortiguarlo y aun a devolverles el ánimo y la alegría de vivir. Cecilia Molano, religiosa salesiana, refiere que en cierta ocasión tranqui-

lizó y reanimó a su padre, desesperado por la muerte de un hijo de 11 años. En otra templó los sufrimientos de una madre. En Pasto acudía todas las semanas a confesar a una religiosa betlemita, anciana y ciega. Después de confesarla, llamaba a otras religiosas y entre todos procuraban entretenerla un rato con conversaciones agradables. Del mismo modo se comportó en Monteagudo con el hijo de Morales y en Bogotá con parientes de Narváez, Caro y otros muchos, entre los que no faltan familias de políticos y funcionarios muertos o hechos prisioneros.

Fue un pastor vigilante, consciente de sus responsabilidades y atento a las necesidades de sus ovejas, a las que supo alimentar con doctrina segura y abundante. Sus circulares, pastorales y opúsculos doctrinales, transparentes y transidos de fervor, eran buscados dentro y fuera de su diócesis, porque afrontaban los temas más candentes del momento y proponían remedios inspirados en los valores perennes del Evangelio. Su enfrentamiento con el liberalismo no es más una simple manifestación de su celo pastoral. Estaba íntimamente persuadido de que sus ideas y procedimientos eran opuestos al cristianismo y de que tendía a expulsar a Cristo de la sociedad, de la familia y de las mismas almas de los fieles. Era, pues, un peligro grave y constante para la fe de sus fieles, y su conciencia le forzaba a señalárselo con toda claridad, para que todos lo percibieran y soslayaran. De otro modo se habría sentido traidor a su misión.

Pero donde con más claridad aparece su amor a las almas es en su actividad misionera en las islas filipinas de Palawan y Mindoro y en la atención que prestó, siendo obispo de Pasto, a los territorios más abandonados de su diócesis. El desamparo en que yacían las almas, ya fuera en Palawan y Mindoro, ya en Casanare, Caquetá y Tumaco, le quemaba el corazón y le impulsaba a buscar remedios en la orden y fuera de ella. En ese celo por la salvación de las almas tienen su origen el vicariato apostólico de Casanare y las prefecturas apostólicas del Caquetá y Tumaco.

Conclusión

No dudo de que el modo con que vivió el santo la espiritualidad recoleta estuvo condicionado por la espiritualidad de su tiempo y por su propio talante humano y espiritual. No todos los recoletos estarán dispuestos a aceptar su lectura de los signos de los tiempos. Por tanto, les será difícil identificarse con su visión de las realidades sociopolíticas, subscribir la totalidad de sus actitudes ideológicas, adoptar algunos de sus métodos pastorales e incluso compartir determinadas expresiones de su relación personal con Dios en la oración. Hay en todo ello mucho de contingente; son expresiones con una gran carga sociológica y psicológica, que actualmente nos es relativamente fácil reconocer y relativizar.

Pero bajo ese revestimiento efímero y circunstancial yacen ricos veneros que sería suicida dejar sin explorar y aprovechar. Si todos los santos nos muestran el camino que conduce a Dios; si sus vidas son como flechas enfiladas al blanco, la de san Ezequiel tiene la inmensa ventaja de haberse forjado en un marco legal semejante al nuestro, de haberse nutrido de nuestro mismo humus espiritual, de haberse manifestado en actividades que todavía son las nuestras y de haber vivido en un tiempo relativamente cercano al nuestro. Su vida nos es perfectamente conocida, porque, aunque no nos dejó ninguna autobiografía, sus cartas, numerosas y llenas de vida, nos informan casi día a día, al menos durante los últimos quince años, de sus aspiraciones espirituales, de sus andanzas apostólicas, de sus dificultades pastorales y de su proceder en los mil problemas de la vida diaria. En una orden con tan pocos modelos de referencia, todo esto es joya del máximo aprecio.

Una de las causas de nuestro debilitamiento carismático es, a mi juicio, la falta de raíces y modelos. Puede decirse que no hemos conservado ninguno de nuestros conventos antiguos y que apenas contamos con autobiografías y literatura que describan con detalle la vida real de nuestras comunidades primitivas. Nuestra información se

reduce casi exclusivamente a textos legales y a una literatura edificante escasamente encarnada. Y tampoco abundan los religiosos cuya santidad haya alcanzado la sanción oficial de la Iglesia. La vida del padre Ezequiel colma, al menos en parte, algunas de estas lagunas. Acertó a encarnar a la perfección las aspiraciones de nuestros fundadores, trabajó por revitalizarlas en su tiempo, nos las ha transmitido en escritos llenos de vida y sinceridad, y su santidad ha sido reconocida oficialmente por la Iglesia.

San Ezequiel,
fraile agustino recoleto

Dies natalis Ordinis

> "El 5 de diciembre celébrese solemnemente el aniversario de la Recolección. Ofrézcanse especiales súplicas por la santificación de sus miembros y hágase en común la renovación de los votos" (*Const. 1975*, n. 335; *Const. 1983*, n. 97)

2. San Ezequiel, modelo de la espiritualidad recoleta

a. La percepción de la orden

La atención, ilusión y trepidación, con que la orden siguió el largo proceso de canonización del santo reflejan el afecto con que le miraba y el valor ejemplar que daba a su vida, muy superior al de cualquier beato anterior o posterior

b. Divagación sobre su carácter: ¿fue san Ezequiel hombre adusto?

El padre Ezequiel no era hombre impasible, sin afectos. Ni siquiera era duro o seco de carácter. Poseía un alma, delicada y sensible, que reaccionaba con emoción ante cualquier cosa bella o ante cualquier gesto de generosidad, de gratitud o de abnegación. Bastábale un pieza musical bien ejecutada o un elogio a uno de sus religiosos para conmoverle y arrancarle lágrimas de consuelo.

c. Modelo de vida recoleta

La providencia le colocó en todos los países en que la orden estaba presente en su tiempo –España, Filipinas y Colombia–, y en toda clase de ministerios, sin duda para que sus religiosos pudiesen mirarse en él como en un espejo y a todos sirviera de ejemplo y paradigma, para que como él todos acertaran a integrar sus ocupaciones externas con su vocación religiosa y no olvidaran que ésta es siempre la trama que debe sostener y dar sentido a su vida

d. Hombre de oración

El horario que dirigía su vida en Pasto, del que difícilmente se dispensaba, reservaba a la oración seis horas diarias. Y con frecuencia aún añadía alguna otra

e. Apostolado y vida religiosa

Apostolado y vida religiosa eran para él inseparables. Miembro de una provincia exclusivamente apostólica, educado en un noviciado misionero y dedicado a la cura de almas durante los años de su juventud, el amor a las almas penetró en los pliegues más profundos de su corazón y envolvió totalmente su concepción de la vida religiosa. Lejos de ser polos antitéticos, el apostolado y la vida común son dos realidades interdependientes, que reciben aliento y calor de un mismo núcleo o ecuador, que es el amor de Dios.

3. Conclusión

La vida del padre Ezequiel mitiga los efectos de nuestra escasez de referentes carismáticos